

La Sociología: Una introducción a la Sociología I

6. Cultura, persona y sociedad

<https://canal.uned.es/mmobj/index/id/50287/hash/0f304eddb4ad6007a3093fd6d963a1d2>

Presentador. En todas las sociedades existen pautas regulares y repetitivas en las conductas de los individuos, en sus costumbres, en las formas de organización y agrupamiento y, en definitiva, en todos los aspectos que conforman la vida en sociedad. Son precisamente estas regularidades las que permiten situar el estudio de las sociedades humanas en unas coordenadas de coherencia lógico-racional. Pero ¿cuáles son los referentes generales que necesitan los sociólogos para abordar el estudio del comportamiento social humano? Para estudiar y explicar las regularidades de las acciones humanas la sociología ha desarrollado dos conceptos básicos: el de cultura y el de sociedad.

Cuando se habla de cultura, la gente piensa en esa cualidad que tienen las personas que se interesan por las actividades culturales. Una persona culta es una persona que se interesa por la música, por el teatro, por la literatura, por el arte. Sin embargo, las ciencias sociales utilizan el concepto de cultura en un sentido distinto, para referirse a un conjunto de rasgos, de pautas y de costumbres aprendidas por todo individuo humano en la sociedad en que nace.

El antropólogo social Edward Taylor definió la cultura como “aquel todo complejo que incluye el conocimiento, las creencias, el arte, la moral, el derecho, las costumbres y cualesquiera otros hábitos y capacidades adquiridos por el hombre en cuanto miembro de la sociedad”. Asimismo, Malinowski se refirió a la cultura como “el conjunto integral constituido por los utensilios y bienes de consumo, por el cuerpo de normas que rigen los diversos grupos sociales, por las ideas y artesanías, creencias y costumbres”. En cambio, el término sociedad corresponde más bien al hecho de la agrupación misma entre los miembros de un grupo amplio y estable que se ha asentado y adaptado a un medio determinado. Es, por tanto, un concepto más global que hace referencia específicamente a los mecanismos que generan la organización de lo social, donde se forman las estructuras básicas de interacción entre los individuos. De una forma simplificada podríamos decir que la sociedad es el continente y la cultura el contenido de lo social. Una sociedad es un conjunto organizado de personas; la cultura es la forma en que se comportan.

Los conceptos de cultura y sociedad son términos imbricados cuyo sentido no puede entenderse si no es en su mutua relación ya que la cultura no podría desarrollarse fuera de la sociedad ni la sociedad existiría sin la cultura.

¿Podríamos imaginarnos por un solo instante a una sociedad sin individuos y a un individuo sin sociedad? ¿Qué tipo de sociedad y de hombre sería?

El absurdo de estos interrogantes nos permite comprender la lógica de lo social, la conexión inseparable que existe entre las nociones de cultura y sociedad. Lo que distingue a las sociedades humanas de otras sociedades existentes en la naturaleza es su cultura. La cultura abarca no solo los instrumentos, los útiles y los medios de producción, sino también todo un conjunto de reglas institucionalizadas que vinculan a los miembros de cada sociedad y orientan y hacen posibles las formas de pensar, de sentir y de actuar. Con el desarrollo de las culturas los seres humanos integran en el ambiente natural en el que se encuentran el pasado histórico de su grupo y las relaciones sociales que tienen que asumir.

La vida social de los individuos de las sociedades humanas está basada en el aprendizaje, es decir, en la capacidad de transmitir y de aprender, de generación en generación, los conocimientos, usos y modos de vida en sociedad.

En el momento del nacimiento, los bebés humanos son incapaces de tomar parte en ningún tipo de sociedad, pero gracias al proceso de aprendizaje los niños se convierten en parte activa de las sociedades humanas. Llamamos proceso de socialización al proceso de aprendizaje que capacita a los individuos para formar parte de una sociedad, para comunicarse, para conocer su historia, sus costumbres, sus pautas sociales y aquellos roles sociales que tienen que asumir y desempeñar. La cultura, en suma, podría ser definida por los siguientes rasgos: es, básicamente, una característica específica de los seres humanos; es el factor fundamental de la sociabilidad humana, al tiempo que solo puede ser desarrollada en sociedad; es una adquisición, se aprende y se asimila a través del proceso de socialización; se articula institucionalmente, a través del desempeño de roles y de la vida social en la familia, en la escuela y en las organizaciones a que se pertenece y, por último; la cultura ha permitido y permite una mejor adaptación del hombre al medio físico.

Los seres humanos, como vemos, aprenden lo que saben en su sociedad pero también desarrollan su propia personalidad. ¿Cómo influyen, por tanto, la sociedad y la cultura en la propia personalidad de los individuos particulares? ¿La moldean en su totalidad? ¿Lo hacen de una única manera o hay márgenes para la elección y la expresión de las propias inclinaciones individuales?

Junto con los conceptos de cultura y sociedad aparece, pues, el concepto de personalidad. Cuando se habla de personalidad se hace con un significado más amplio que el asignado al concepto de individuo. El término individuo abarca solamente las cualidades y las diferencias innatas de los hombres y de las mujeres y sus diversos temperamentos. El concepto de temperamento es diferente al de personalidad. Decimos que un individuo tiene un temperamento nervioso, colérico o flemático, pero ¿qué queremos decir cuando hablamos sociológicamente del concepto de personalidad?

Un ejemplo claro lo tenemos en los estereotipos nacionales o regionales. De acuerdo a determinados estereotipos se dice: el escocés es tacaño; el alemán, disciplinado; el francés, chovinista; el italiano, extrovertido.

De manera que en cada uno de ellos se encuentran reproducidas las peculiaridades históricas, geográficas, culturales y sociales que representan los rasgos más significativos y de mayor identidad para cada zona geográfica o nacional. En definitiva, cuando se habla de personalidades básicas tipo, o estereotipos nacionales, simplemente se está haciendo referencia a hechos tan sencillos como que en todas las sociedades existen distintas tipologías de personalidad y que en cada sociedad existen determinadas peculiaridades más arraigadas. Por ello decimos que un hindú o un esquimal es distinto de un inglés o un sueco.

Con el concepto de personalidad se hace referencia a las formas más típicas de comportarse de una determinada cultura. Como ya hemos indicado, toda cultura ejerce una fuerte presión en todos los individuos que tienden a comportarse según una determinada personalidad que refleja las características de los contornos sociales estereotipados de dicha cultura. Esto es lo que los científicos sociales llaman personalidades básicas tipo, es decir, unas personalidades que se corresponden con los usos y costumbres de una determinada sociedad.

Sin embargo, si descendemos a un mayor detalle, vemos que en la realidad la interacción entre la acción individual de cada personalidad y el contexto social no siempre es armónica y en muchos casos se dan tensiones y conflictos que dan lugar a individuos y grupos no bien adaptados y no bien integrados culturalmente, fenómeno que es típico de periodos de cambio y de sociedades muy intercomunicadas y complejas, con muchos posibles modelos sociales a imitar. Estos desajustes pueden llevar a ciertos desequilibrios y conflictos en la personalidad de los individuos, que a veces tienen su origen en exigencias negativas difíciles de aceptar por todas las personas.

A estos hechos se han referido autores como Karen Horney en sus estudios sobre la personalidad neurótica de nuestro tiempo o Erich Fromm, en sus análisis sobre el carácter enfermo y enfermizante de algunas sociedades, que pueden llegar a exigir a los individuos dosis a veces no soportables de competitividad y agresividad. En suma, la dialéctica cultura-personalidad en las sociedades de nuestro tiempo plantea conflictos y tensiones que siempre llevan parejas determinadas opciones que pueden ser libremente desarrolladas por los individuos. Esta libertad es también estimulada culturalmente, sobre todo en sociedades como las actuales en las que existe una pluralidad de culturas, de creencias y de pautas sociales que coexisten y se yuxtaponen entre sí.

Transcripción de Tomás Costal